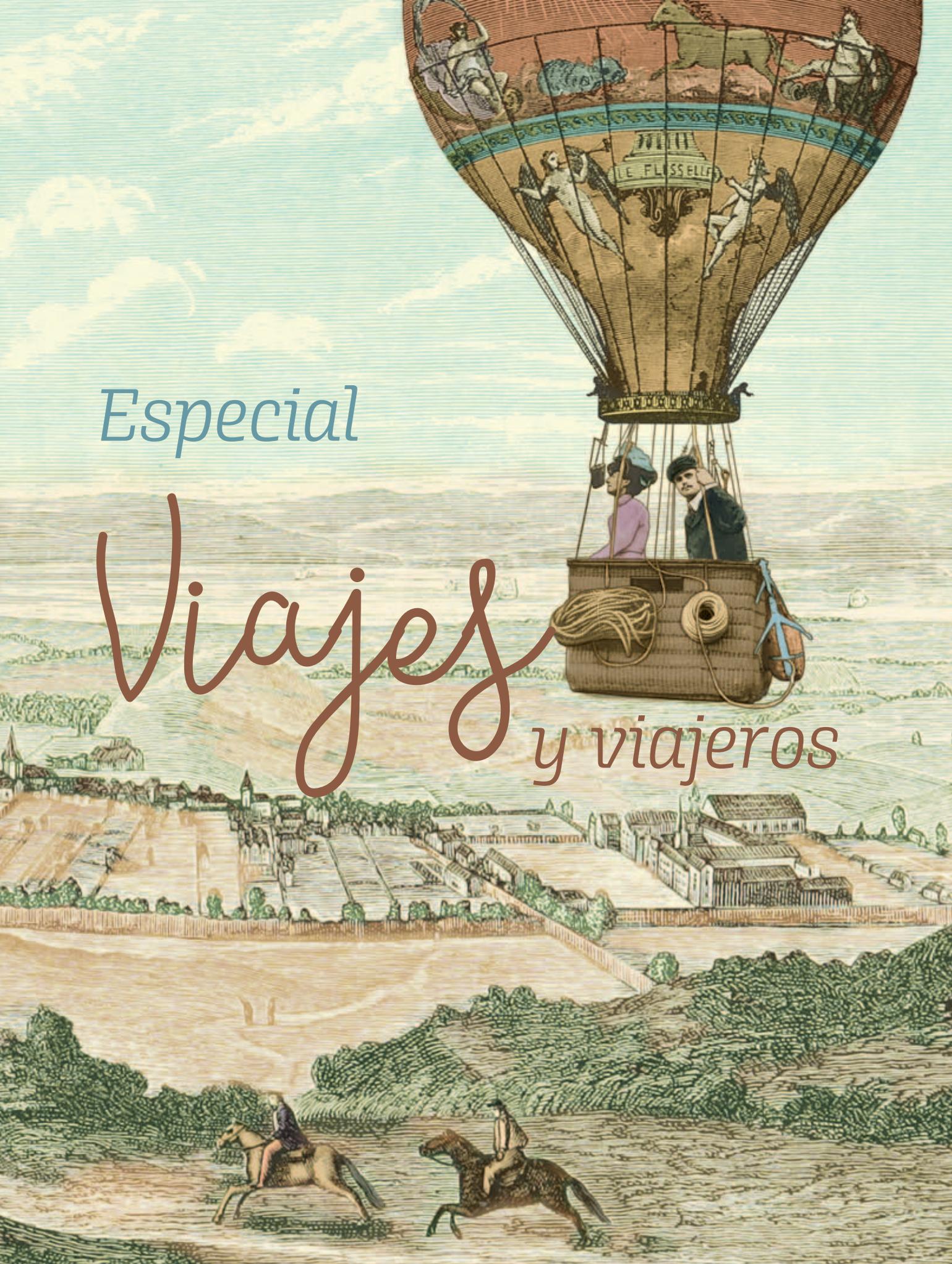




Especial

Viajes
y viajeros





FOTOGRAFÍAS: AUTOR

Los ríos van rasgando la tierra por la que corren. Solo necesitan tiempo para hacer profundos surcos aun en la roca viva. Al norte de San Agustín, el todavía joven Magdalena ha cavado sobre lavas antiguas su propio cañón, modesto pero encantador.

Madrugué para emprender una caminata hasta allí, pero llovía. Vestido y listo desde temprano, miraba el cielo cerrado desde el corredor de la posada en las afueras del pueblo. Escampó por fin cerca de las diez de la mañana como un puño que se cierra. Entré a la habitación, tomé la mochila y salí. Me senté afuera mientras me ponía las botas de caucho. Un vaho de vapor de agua comenzaba a levantarse, los rayos del sol renovado escarbaban la tierra.

Descendí la cuesta del morro donde estaba ubicado el hospedaje, para pasar por el costado del pueblo. La gente comenzaba a salir de sus casas y aproveché para preguntar por el camino al río. Debía tomar la carretera que se dirige al occidente, subiendo, hasta llegar al punto desde donde parte el sendero que conduce a Los Ídolos. No iría hasta allí, sino solo hasta el fondo del cañón. Pretendía recapitular el trabajo del río al ahondar en la tierra durante miles de años, bajando hasta las aguas del cauce.

Sobre el camino pantanoso se veían huellas de caballos, que los visitantes suelen alquilar para esas travesías relativamente alejadas. En cada uno de mis pasos sentía que mis botas se enterraban en el barro hasta la altura del tobillo. El paisaje de la meseta estaba marcado por colinas sucesivas, separadas unas de otras por pequeños cursos de agua. Eran gruesas capas de lavas antiguas, moldeadas con el tiempo por los riachuelos y cubiertas por la vegetación. En la roca disgregada por el calor y la humedad ecuatorial, las corrientes de agua forman múltiples surcos, y escasamente queda un solo lugar en el que no crezcan árboles y plantas.

En los cercados de alambre de púas que encajonaban el sendero abundaban los árboles de guayaba, repletos de fruta al igual que en el hotel. Por lo visto, había más producción que comensales aun en la vía pública. Durante el aguacero habían caído tantas guayabas que alcanzaban a formar círculos amarillos alrededor del tallo, del tamaño de las copas de los árboles. Y, puesto que una parte de esos círculos quedaba dibujada sobre el lodo negro, me hice la fantasía de que estaba pisando entre medialunas

descolgadas durante la noche. Llené la mochila de frutos para írmelos comiendo a lo largo del recorrido, cual si estuviera en una de esas excursiones míticas en las que los personajes se internan en las primeras versiones del paraíso.

El camino se estrechaba en la medida que la meseta se acercaba al borde del cañón del río y, muy pronto, debido a la fuerte pendiente, se recostaba contra la pared rocosa. A un costado de mi cuerpo estaba pues la piedra, sólida y segura en apariencia, y del otro se abría el vacío. Sin embargo, este último no era tan terrible como podría serlo. La vegetación abundante que crecía a la vera del camino le proporcionaba a la vista un objeto cercano donde entretenerse y sentirse a salvo. De no ser por esa facultad de la mente de distraerse en lo cotidiano, veríamos abismos a cada paso que damos. Intuir el vacío es tan provechoso como sentirse tentado por él. Verlo por momentos en toda su magnitud, cuando el sendero hacía quiebres en zigzag, me proporcionaba una irresistible y hasta placentera falta de aliento.

A pesar de que ya no llovía, el camino estaba hecho un manantial. El agua caía durante la noche y las primeras horas de la mañana hacía todavía su lento tránsito hacia el fondo del cañón: bajaba por los tallos de los árboles, por el suelo cubierto de hojas caídas y retoños, empapando las raíces y la tierra hasta llegar al cauce del río, empujándose una gota tras otra como en peregrinación. Sobre las hojas y las ramas, las elásticas gotas de agua permanecían aún aferradas con sus fuerzas capilares. Hojas alargadas tocaban a veces mi cuello soltando de paso toda su humedad, con una caricia que me producía un leve escalofrío sobre la piel.

Mientras caminaba iba escuchando el chapoteo de mis pisadas sobre el agua corriente. Dos o tres pasos significaban casi un metro más hacia lo profundo del cañón. Las paredes se levantaban cada vez con mayor ahínco sobre mi coronilla. Cada peldaño que bajaba hacia su profundidad era hacerle una

cortesía a los esfuerzos del río por excavar la roca. El aire se sentía más cálido, así que me quité el abrigo ligero que llevaba, y seguí mi camino hacia el aullido del torrente que manaba muy por debajo de mis pies. Había estado esperando el sol y ahora me parecía ostentoso y rechazaba su calor.

En cierto momento, al mirar dónde pisaba, me di cuenta de que el agua transparente magnificaba la piedra sobre la que corría. Era precisamente una de esas lavas antiguas, cuya apariencia era la del cemento adornado con trozos de piedra dentro. La lava había atrapado esos fragmentos en su recorrido a través de los conductos volcánicos. Algunos de esos fragmentos eran grandes como una toronja, otros pequeños como una miga de pan, pero no guardaban ningún orden en su disposición y sus formas eran angulares. En



Cañón del Magdalena

los puntos en los que esta lava formaba el piso del sendero, parecía que uno estuviera andando sobre una pasarela diseñada con esmero, semejante a algunos andenes de barrios elegantes, que no poruntuosos dejan de ser resbaladizos.

En el momento en el que el camino giraba en ángulo agudo para ir haciendo su escabroso trazado, podía verse de lleno el cañón del río. También el cauce de este último avanzaba de una manera similar a la del sendero, dando curvas cerradas, como bandazos entre las salientes sucesivas de la montaña. El hecho de que el río fuera el Magdalena le imprimía mucha más fuerza a la imaginación que si se tratara de un río cualquiera, pues de allí en adelante recorría casi todo el país a lo largo de mil quinientos kilómetros.

Allí, cerca de San Agustín, el río corre en dirección sureste, como si fuera rumbo a la selva amazónica. Pero, poco a poco, una serie de fallas geológicas lo van orientando hacia el norte. Las fallas geológicas son planos imaginarios enormes. A través de ellas se desplazan entre sí grandes porciones de montañas, o incluso cadenas de montañas. Su tamaño hace que sean más visibles desde el aire: un globo en los viejos tiempos, o un avión o un satélite en los que corren. Se ven como líneas de kilómetros a lo largo de las cuales se disloca algún rasgo de la superficie de la tierra: una serranía cortada y desplazada, por ejemplo. O, como en este caso, ríos que llevan una dirección y, de repente, tuercen noventa grados. Aquella era una región llena de fallas, de rocas fracturadas.

Vi entre unos cafetos un árbol abarrotado de mandarinas rojas. Atravesé la cerca y caminé hasta él. De un salto me colgué con éxito de un gajo, aunque una ducha de agua fría me bañó por completo. Repetí la operación y puse algunos frutos en mi morral, junto a la guayabas, para comerlos más tarde. El solo hecho de reservarlos me produjo un placer de origen ancestral, un recuerdo genético de los tiempos en los cuales todos los humanos éramos cazadores y recolectores de alimentos. Mientras reanudaba el camino sentí el deseo de verme transportado a esas épocas en las que no habíamos aprendido a cultivar siquiera las cosas más sencillas.

Si me preguntaran en qué año me habría gustado vivir, diría que varios miles antes del presente.

Quizá cien mil años atrás. Entonces, diferentes especies de homínidos caminábamos ya por el mundo con la suficiencia propia del ser humano. Aunque todavía no por tierras americanas. Se cree que hace cerca de sesenta mil años partieron del África los primeros grupos de *Homo sapiens* que iban a llegar hasta aquí. Y que solo hace unos veinte mil pisaron por primera vez el continente.

La partida de los que llegarían a América coincidió con un momento en el que la Tierra comenzaba a enfriarse. Mientras ellos avanzaban cruzando la península arábiga y seguían la ruta de oriente, el planeta se enfriaba cada vez más. Al punto de que cuando llegaron a lo que hoy es un paso de mar entre la punta más al noreste de Rusia frente a Alaska, el estrecho de Bering, lo encontraron blanco y terso de hielo, sin problemas para atravesarlo. Fue así como pusieron por primera vez pie sobre el continente americano, sin darse cuenta tal vez de que estaban sobre otra masa de tierra diferente de la asiática. Todo parecía hecho para que el hombre colonizara América: una vez entraron en el nuevo continente, el paso de Bering comenzó a descongelarse, pues la Tierra entró en un periodo cálido en el que empezaron a derretirse los glaciares.

Así que cruzaron el estrecho y se fueron derramando por la también congelada Canadá, más probablemente por sus costas. El corazón del blanco continente era agreste frente a la más expedita despensa de pescado de la costa. Puesto que buena parte del agua del planeta se encontraba en ese momento aún congelada, el nivel del mar estaba unos setenta metros más bajo. Por consiguiente, la orilla se hallaba mucho más adentro del mar de lo que está hoy en día. Luego, con el calentamiento de los milenios que vendrían, el hielo comenzaría a fundirse y el agua del mar a subir, y así cubriría muchas de esas antiguas huellas de los primeros hombres en recorrer América.

En el corazón de los Estados Unidos se hallan los restos humanos más antiguos del continente: quince mil años antes de nuestros días. Sin embargo, en Chile las fechas son apenas menores en algunos cientos de años. Todo indica que a esos pioneros los gobernaba la fuerza de seguir adelante, de avanzar, en este caso hacia el sur, como si intuyeran tierras prometidas en un mapa

imaginario. No importaba si el lugar al que llegaban era benigno o no, si había selvas o desiertos, si interminables llanos o montañas, simplemente algunos de ellos se sentían llamados a continuar el recorrido de manera incesante. ¿Quién lideraba esa primera peregrinación, individuos de unos veinte años con sus mujeres e hijos pequeños? Yo sería, con cuarenta años, un abuelo, una carga quizá para la gran caminata.

Uno podría imaginar que al no haber fronteras y ninguna gente en el camino, aparte de otros que pudieran estar también en la vanguardia del recorrido, las cosas eran fáciles en aquella gesta. Pero era improbable que lo fueran. Los restos de Naia, una chica mexicana encontrada en una cueva en la costa pacífica, cuyo acceso está inundado por el mar, desdice de una vida tranquila en aquellos tiempos. El cuerpo de Naia era en vida delgado en extremo. Uno de sus brazos, del grosor de un dedo meñique, y el hueso de su pelvis agujereado narran años de malnutrición o infecciones causadas por parásitos. En contraste con el resto de su cuerpo, las piernas de Naia eran musculosas, producto seguramente de largas caminatas buscando comida. Sin embargo, sus muelas apenas gastadas dicen que no la encontraba muy a menudo. A pesar de todo, Naia había dado a luz cierto tiempo antes de morir, con lo que aportó un vástago a esa gran caminata por el continente.

A pesar de la evidencia, me gusta pensar que la de hace unos quince mil años fue la mejor América: solo una especie de homínido pacía por este Edén —un hombre ya moderno, igual a nosotros—, así como muchos animales gigantescos a los cuales cazar para comer, y una meta clara y simple pero heroica: ir hacia el sur. Habría sido maravilloso vivir en esa época de oro, en la que la mirada de cada uno de esos seres humanos iba creando la naturaleza a su alrededor por el solo hecho de verla por vez primera y maravillarse con sus paisajes. Haber sido el primero de todo un linaje en ver un valle, una montaña, un río, de modo que estos empezaran a existir para los que vinieran detrás, habría sido suficiente para cambiar el presente por ese momento remoto. Sin detenerme, abrí el bolso y comí algunas de las guayabas.

El paso de Bering había sido la primera estrechura en la caminata americana. La segunda

fue el istmo de Panamá, por la forma del continente. Aquella era un puente hecho de hielo, esta una lengua de tierra de apenas sesenta kilómetros de ancho. Pero Panamá fue, sobre todo, un paso simbólico. Hasta hace unos siete millones de años, Centroamérica no estaba unida a Suramérica. El Caribe y el océano Pacífico eran un solo mar, a lo largo del cual circulaban corrientes oceánicas. No obstante, en ese momento del pasado geológico las fuerzas internas de la Tierra elevaron allí una cresta volcánica que impidió el paso del agua.

Los cerramientos y las aperturas de nuevos mares son un asunto trascendental para la Tierra, pues las corrientes marinas controlan en buena medida con sus temperaturas el clima del planeta. Una vez se cortó la comunicación entre el Caribe y el Pacífico sobrevinieron cambios dramáticos. Fuertes sequías se hicieron sentir especialmente en África. El desierto del Sahara aumentó de tamaño, empujando con su aridez hacia el centro del continente. Por consiguiente, las sabanas que lo limitaban por el sur le ganaron terreno a la selva húmeda ecuatorial. Algunos monos se internaron aún más en la espesura, pero otros se vieron obligados a salir y arreglárselas en la gran pradera. En vez de la selva enmarañada, ahora los pastizales y escasos arbustos dominaban su paisaje. Poder erguirse y descubrir los depredadores al acecho resultó un rasgo físico esencial para sobrevivir en la planicie.

Provenimos de esos primeros homínidos, a quienes enderezarse les significó además un desplazamiento de la pelvis. El hueso se movió hacia adelante y cerró parcialmente el canal del nacimiento. Sus crías debían nacer más pronto, menos desarrolladas, y la consiguiente relación de dependencia con la madre se alargó, hasta que pudieran valerse solos. Esto marcaría a cada individuo para toda la vida, así como a sus descendientes en los millones de años venideros.

Siete millones de años después —y solo catorce mil años antes de nuestro presente—, los descendientes de esos africanos, ya como hombres modernos, pisaban el istmo de Panamá, esa cuna remota que quizá había dado lugar a su especie. Acaso les sucedió como hoy a nosotros, que a menudo pasamos por encima de huellas que



ignoramos, de sudor desecado de otros, de sangre vertida, sin darnos cuenta.

Una vez en suelo suramericano, algunos grupos de vanguardia siguieron la ruta de la costa hacia el sur, buscando la gloria instintiva de ser los primeros en llegar al fin del mundo. Otros se quedaron en las inhóspitas selvas tropicales, colmadas de frutos y de presas de caza, aunque malsanas. Y hubo quienes sintieron el llamado de las misteriosas montañas de los Andes. Aun a 4.600 metros de altura, en las cumbres del Perú, se han encontrado antiguos lugares de habitación. En la cueva de Cuchaica, en el monte Condorsayana, se hallaron restos de personas que vivieron allí hace entre once mil y trece mil años. Parece increíble que en aquellos tiempos aún fríos el hombre eligiera ese lugar para quedarse. Pero, todo lo contrario, el sitio bien podía ser la versión prehistórica del paraíso.

Esas tierras altísimas eran entonces un poco más húmedas y así más ricas en vegetación. El follaje atraía a los camélidos, animales de carne magra y pelambre espesa. De ahí la buena alimentación y la confección del abrigo. En el páramo las alimañas eran escasas y el ambiente resultaba saludable. De día el sol de la altura los calentaba, y en la noche quemaban pastos secos para hacer fuego. La piedra obsidiana de los alrededores les servía como pedernal, para fabricar sus armas de caza y herramientas. Y, como la cantera era abundante, con los nativos de la costa intercambiaban los excedentes por pequeños lujos de las tierras bajas.

Para celebrar esas vidas de otro tiempo elegí un recodo del camino donde la vista era de especial belleza y me senté. Le quité la piel a una de las mandarinas, cuyos poros abiertos, grosor y holgura prometían jugos dulcísimos. Pero no bien le puse la lengua recibí una acidez, una agurra, que lo primero que se me ocurrió fue lanzar la fruta al despeñadero. Hice lo mismo con las que había guardado en el morral, como si fueran veneno mismo. Así debía haber sido en aquellos primeros tiempos: ensayo y error permanentes. Y, más, cuando aquellos pobladores iban desplazándose de norte a sur, con cambios sustanciales en el clima y, por consiguiente, en la flora y fauna de una región a otra. No se trataba, pues,

únicamente de ir recolectando por el camino las frutas y sacrificando las presas ya conocidas. Había que encontrar lo que era comestible, al precio que hubiera que pagar.

Sin importar de dónde hubiéramos llegado después cada uno de nosotros, los que hoy habitamos América provenimos todos de esos primeros caminantes. Sentí que gracias a ellos me había correspondido lo mejor del tiempo para vivir mi existencia.

De un momento a otro, la figura de un hombre con una enorme roca sobre sus hombros me sacó de mis ensoñaciones. Al verlo subir jadeante por el camino empinado me hice a un lado. Puesto que le era imposible levantar la cabeza y aun hablar pensé que seguiría de largo. Pero vino a descargar junto a mí su pesado fardo. Le ofrecí un poco de agua y nos sentamos a conversar. Era un tallador de figuras de souvenir con los motivos de las estatuas agustinianas. Era de baja estatura y macizo, y provenía de la ciudad. Después de ejercer el oficio de vigilante durante años, decidió irse al campo en los alrededores de San Agustín, donde trabajó como jornalero. Una curiosidad por el trabajo manual lo llevó sin embargo a intentar con las figuras, hasta convertir ese arte en un oficio. A partir de un par de representaciones que sacó de la mochila juzgué que hacía un buen trabajo.

Me acerqué a la piedra volcánica que antes llevaba al hombro y la observé con cuidado.

—¿Andesita? —le pregunté.

—Toba, me parece —dijo él.

Aunque no era dueño de un conocimiento formal de la geología, había ido aprendiendo los rudimentos de la identificación de las rocas y sus nombres. La experiencia con las rocas volcánicas de la región había hecho de él un verdadero experto local. En ocasiones, mencionaba, sin embargo, alguna especie que no existía, que seguramente había leído en un libro y tergiversado, de modo que a veces hablábamos de meras invenciones con el mismo cariño que de las piedras reales. De cualquier manera, sabía dónde encontrarlas, así como reconocer sus texturas y predecir la respuesta a los formones con que las tallaba. Con el tiempo, había aprendido que lo mejor para darles forma eran los radios de las llantas de motocicleta. Eran baratos y fáciles de conseguir.

La dificultad de la artesanía, me dijo, estaba en conseguir la piedra. Primero tenía que hallar una cantera, extraer la roca y luego transportarla hasta su taller. Un hombre de quien había aprendido mucho del oficio había muerto cerca del lugar donde ahora nos encontrábamos. Había hallado una especie de cueva en la que era necesario desprender la roca del techo, y un día terminó aplastado. Otras canteras estaban dentro de fincas privadas, y sus dueños no veían con buena cara que alguien estuviera hurgando en sus predios. Finalmente se había acomodado con un cultivador de café, a quien le estorbaban los bloques de piedra esparcidos por su parcela. En ir a buscar la piedra, partirla y lidiar con su gran peso, y luego acarrearla a su lugar de trabajo y tallarla, había un bello homenaje al esfuerzo de la antigua cultura agustiniana. Antes de despedirnos le compré una reproducción de la llamada “Mujer de la copa”, del tamaño de una cuarta. Al montarse de nuevo su carga al hombro no encontré cómo ayudarlo, pues meter la mano en tan preciso envión quizá habría roto un precioso equilibrio.

Con el idolillo en mi mochila, reanudé el camino. Al lado opuesto del cañón se veía cómo, cada tanto, a lo largo de la pared de roca cubierta de lianas y arbustos, se desprendía un hilo de agua que caía al vacío, abriéndose espumoso hasta atomizarse. En el camino de descenso no me había topado hasta el momento con chorros de ese tipo, pero sí con pequeñas cascadas que bajaban lamiendo la roca irregular. Entonces, el sol asomó por segunda vez en el día con fuerza renovada. Su gran disco se reflejaba en el agua que bajaba saltando por el camino. El efecto que causaba daba la sensación de que estuviera pisando sobre perlas que se escabullían bajo las suelas de mis botas.

En cuanto a más paseantes, ninguno aparte del tallador. Nadie subía ni bajaba, y el único ser vivo visible a mi alrededor eran unas maripositas



Puente colgante

del color de la miel, que salían en grupos de a dos y de a tres. Su movimiento azaroso coincidía a veces con mi propio parpadeo, de modo que me era imposible determinar dónde estaban exactamente. Luego asomó una mariposa azul del tamaño de una mano abierta, cuyo vuelo parecía apoyarse gentilmente en el aire como si este fuera líquido. En un momento me vi manoteando con mis propios brazos, queriendo atraparlas en una insólita danza. Y, más aún, me escuché balbuceando cualquier cosa, como transportado a esa edad infantil en la que no nos avergüenza hablar solos.

El estrépito de la corriente crecía cada vez más, conforme descendía por la pendiente, hasta que fui llegando a la propia orilla del río. En la base del cañón, las laderas amenazaban con cerrarse del todo, azuzadas por el vértigo del agua tumultuosa. Los tonos de verde, la piedra oscura, las aguas del río color café, todo estaba allí



reunido, por fin, sobre la movilidad violenta de la corriente. Parecía como si, del agua, surgieran infinidad de voces aplacadas por el tiempo.

Un puente colgante cruzaba el río en ese punto. Los viejos cables de hierro trenzado que lo sostenían lucían tiesos y a punto de quebrarse. La madera de su esqueleto y el techo de láminas de zinc a dos aguas estaban parcialmente cubiertos de líquenes. La pintura roja que lo cubría estaba ahora pálida y desteñida. Me detuve a calcular el paso antes de atravesar. Desde allí podía ver que la estructura, de unos quince metros de largo por uno y medio de ancho, estaba levemente retorcida, como por contagio de la fuerte corriente que trasponía. Di un paso adelante mirando donde pisaba. Entre los tablones separados centelleaba la espuma de la corriente, que me despistó y me hizo sentir un leve mareo.

En la mitad del puente, ya con algo de seguridad, me detuve a mirar la corriente aguas arriba. El agua lucía hinchada sobre sí misma, como en ebullición. Cerca de la orilla colgaba una rama desgajada de un árbol, cuya parte inferior alcanzaba a quedar sumergida en la turbulencia. El agua la mecía violentamente con la intención de devorarla. Incapaz de arrancar de raíz el propio árbol, la corriente se empeñaba en mostrarle su poder arrebatándole una parte. Pero, aun así, la rama resistía, no importa cuán sometida estuviera, con tal de no romperse.

A decir verdad, el puente se sentía firme a pesar del óxido y la falta de escuadra. Más bien parecía haberse incorporado a las torcidas formas de la naturaleza. Conseguí llegar al otro lado, donde me detuve frente a una urna montada sobre una pequeña torre fabricada con adobes. Adentro reposaba la imagen de una virgen adornada por dos puñados de flores metidos en envases plásticos de gaseosa. Las flores estaban ya marchitas a pesar de la humedad del lugar. Parecía que hace rato no pasaban peregrinos por allí. La lámina estaba deteriorada, pero se conservaba de alguna manera en el fondo de la urna. Representaba una de esas vírgenes que llevan una corona repleta de piedras preciosas, un rasgo que en otra época fuera quizá símbolo de distinción, pero que para la época en que vivimos resulta demasiado ostentoso. Sin tocar la

lámina, pero justo en su lugar, deposité “la mujer de la copa” comprada al tallador. La sencillez de sus rasgos y el cuenco de barro que lleva en sus manos, como ofreciendo de beber al caminante, me pareció un remplazo merecido.

Ya en confianza con la resistencia de los maderos, me senté sobre el puente a tomar el almuerzo: carne asada de cerdo, papa y yuca sudadas y un patacón reblandecido. También había un poco de lo que en la región llaman envuelto, que es como una especie de tamal, y un poco también de otro manjar al que llaman insulso, que es también una masa, esta más bien dulce y no tan insulsa. Eran los restos del asado huilense del día anterior que no fui capaz de terminar por lo abundante, empacados comedidamente por el mesero. De beber no llevaba sino agua, de la que me empaché. Al final me estiré sobre el entarimado y me sumergí en un sueño arrullado por la corriente. ■

Ignacio Piedrahíta (Colombia)

Geólogo de la Universidad EAFIT y escritor. Ha publicado, entre otros, el libro de cuentos *La caligrafía del basilisco* (1999), el libro de viaje *Al oído de la cordillera* (2011) y la novela *Un mar* (2006).

